

encargada á un militar monárquico; pero al cabo es la República. El principio de que el gobierno emana de la nación es ya un principio práctico, viviente, encarnado en la realidad y en las leyes. La remisión de todas las cuestiones á los comicios del sufragio universal es una ley de conducta en aquella sociedad. Los reformistas no se impacientan; saben que, ganada en la opinión, es inevitable la reforma. Los revolucionarios arrojan las armas; y en vez de contar los conjurados, cuentan los electores. La necesidad de dirigirse á ellos, que son al cabo todos los ciudadanos, obliga á los poderosos y á los humildes, á los magnates y á los plebeyos, en las contiendas electorales, á oírles, á consultarlos, á iluminar su inteligencia, á dirigir su voluntad, elevando al pueblo así á las altas cimas del ideal en la vida. Francia no es ya la nación de las tormentas sino la nación de las ideas; su vida pública no es aquella orgía de sangre que se llamó la primera revolución, sino un continuo esfuerzo incruento por arribar á la plenitud de la democracia y á la perfección de la República. Así cada

día se borra más en Oriente la utopía de lo porvenir, el socialismo, y en el Occidente se hunde más la sangrienta utopía de lo pasado, el Imperio. La clase media se penetra de la idea de igualdad que repugnaba á su conciencia después de haberse por la igualdad emancipado. La clase popular comprende que la autoridad es la fuerza primera de su trabajo, y la reforma legal y pacífica el único medio de mejorarlo y redimirlo. Entra el ejército en la disciplina y en la obediencia sin que los rojos le tienten á levantar las culatas ante los excesos del pueblo, ni los Césares lo embriaguen para disolver Asambleas por la fuerza de las bayonetas. Y dentro de seis años, cuando la actual presidencia se haya concluido, la República tomará un carácter mucho más liberal y democrático. Así caminan á su perfeccionamiento las sociedades humanas. Las transacciones han corregido los errores y han lavado los crímenes de la intransigencia. La República está sana y salva. Sólo á la prudencia es debida la victoria. Por eso jamás aborreceremos y maldeciremos bastante á la demagogia.

## CAPITULO C.

ROSSEL.

Es el sucesor de Cluseret, Rossel. Este hombre pasa rápidamente por la revolución de París, y deja en su seno una huella indeleble. Hemos visto tantos caracteres ruines, que el alma entristecida se extasia ante un carácter entero. Hemos visto tantas pequeñeces, que respiramos ante esta horrosa grandeza. Rossel tiene algo de Flourens. Como este sublime jóven, se ha movido por móviles nobilísimos. Sus ideas no son, á la verdad, tan utópicas, su carácter no es tan exaltado; pero hay en su inteligencia el mismo desconocimiento de los hombres, y en su corazón la misma hidrópica sed del ideal. Flourens ha sido un literato, y Rossel un matemático; Flourens un racionalista, y Rossel un protestante. Esta diferencia de profesiones y de fé, marca en cada uno de ellos sendo sello indeleble y diverso. Pero los dos han creído, los dos han amado, los dos han puesto sus ojos en lo ideal y su corazón en el pueblo; los dos han vivido como austeros cenobitas, y han muerto como mártires.

Tenia inteligencia universal, voluntad fér-

rea, ambición desapoderada, pasiones reconcentradísimas, y por lo mismo intensas. Pagado de sí, receloso de los demás, indócil á todo yugo, impaciente por brillar, exaltadísimo en sus ímpetus y refrenándolos hasta el más refinado disimulo; de lógica acerada y de instrucción calvinista; durísimo de corazón como todos aquellos creídos de su voluntaria servidumbre al deber, implacable siempre que se trataba de la patria como los antiguos clarísimos varones; de altivez rayana en la soberbia y de perseverancia rayana en la tenacidad; su corazón, ardiente como un volcán falto de respiradero, le decía que estaba llamado á sublimes destinos en la vida; y su idea, misteriosa como esos cometas cuya órbita es incalculable, le arrastraba casi siempre por el borde oscuro de los abismos. La religión protestante produce esos caracteres, soberbios, encastillados en sí mismos como en una fortaleza; de profundas ambiciones, y de indómita perseverancia; apasionados y austeros, exaltadísimos y capaces de someter su exaltación á sus cálculos, como Calvino, como Guiller-

mo el Taciturno, como Olliverio Cromwell. Es naturalmente el culto del espíritu, de la conciencia personal, de la meditación profundísima, del individualismo sajón, culto basado en la lectura asidua de un libro que respira la crueldad de los tiempos antiguos en guerra y la justicia de Dios en cólera; culto sin fiestas, sin artes plásticas, sin ceremonias tiernas, sin asomo ninguno de ese paganismo que convida á la embriagadora alegría de vivir y de amar como sucede con la religión de las estatuas y de los cuadros, de las catedrales teñidas por el iris y perfumadas por el incienso, de las procesiones gozosas donde aparece la Virgen Madre con su luminosa diadema y su místico arrobamiento, de las leyendas y las tradiciones que pueblan con innumerables santos la tierra, y con innumerables ángeles el cielo, para tener nuestro sér fuera de sí, en comunicación perpetua con los demás séres, por medio de tantos dogmas como lo anegan en el océano del espíritu universal. La altivez, la dureza, la idea de su propia suficiencia que hubieran sido moderadas por una educación católica, crecieron y se encarnaron de una manera acerba en la religión protestante.

Hemos visto su carácter; veamos ahora su vida. Joven, muy joven, de veintiocho años, tenía la madurez de un verdadero anciano. En los días más caliginosos, en los momentos más críticos, en los cargos más revolucionarios, conservaba siempre el dominio absoluto sobre sí mismo. Como la fé de su alma fuera el protestantismo, la ciencia de su educación y de su cultura fueron las matemáticas. Sus vocaciones se despertaban al contacto de una ocasión extraordinaria, al contacto de la guerra franco-prusiana. Entonces su deseo de combatir se convierte en verdadero anhelo; su republicanismo llega á confundirse en severa intransigencia con el republicanismo de los puritanos; y su amor á la patria sube hasta el amor de aquellos héroes de los tiempos clásicos que se enterraban gustosos bajo

los escombros de su antigua ciudad ó de sus antiguas instituciones. Oficial de ingenieros, tocóle en suerte asistir á la tragedia de la guerra en uno de sus escenarios más terribles, en el sitio de Metz.

Allí se afianzó en el concepto que abrigara siempre, y que ha confirmado tristemente la experiencia, en la incapacidad de los generales franceses. Apartado del peligro por el carácter de su oficio y por el mandato de sus superiores, corrió á las batallas y se precipitaba en el fuego por puro instinto guerrero, por pura vocación militar. Viendo en estos lances, sobre todo en los terribles encuentros del catorce de Agosto, tantos mártires sacrificados inútilmente por los errores de sus jefes, concibió vastísimo proyecto de audaz conjuración. Paseábase por la calle mayor de Metz, por la calle de Cleres, aquella misma noche, viendo volver á los vencidos como si volvieran de festivas paradas; y entre las carreteras que corrían por todos lados, y los caballos que caracoleaban alegres, y los intendentes y los jefes que iban y venían con sus bordados y sus galones, encontró á un camarada de su confianza y le dijo que con cincuenta hombres decididos apresaba todo aquel estado mayor, sin excluir los generales y el generalísimo. En estos proyectos había algo de las imaginaciones y fantasías de Flourens. Así es que buscó los cincuenta hombres y nunca pudo encontrar más de diez.

El diez y nueve de Agosto de mil ochocientos setenta todas las batallas se habían perdido; y la inmensa guarnición de Metz quedaba encerrada dentro de los muros por un bloqueo completo, en toda regla. El primero de Setiembre se tentó el supremo último esfuerzo, y no se pudo ni siquiera empeñar una batalla. El postrer ministro de la Guerra que tuviera Napoleón, el imprevisor y torpe Leboeuf, buscó allí la muerte y sólo alcanzó ver morir inútilmente alguno de sus más valerosos compañeros. Rossel, al sentir que toda esperanza de romper la línea enemiga queda-

ba desvanecida, sintió también agolparse fuertemente á su corazón el deseo de pelear con desnudo y hasta de morir con gloria.

Había pocas gentes en que confiar y menos de que echar mano. Los compañeros de ingenieros ni siquiera pertenecían á la promoción de Rossel, y todos estaban decididos á la obediencia y hasta contentos con la inacción. Mientras tanto, llegan las noticias tremendas, la rota de Sedan, el cautiverio de Bonaparte, la institución de nuevo gobierno, el triunfo de la República. Bazaine comienza en seguida su conjuración bonapartista, y traba relaciones con los generales del ejército prusiano. Al ver esto redobla Rossel sus trabajos presentando lo que el día anterior podía ser desconocimiento de la disciplina como defensa de la legalidad. «Es imposible» le decían cuantos militares consultaba. «Será imposible, les respondía Rossel; pero es necesario.» Y como se alzarán de hombros añadía: «parece que os veo pasar delante de los prusianos sin armas.» «¿Ni siquiera las armas!» Respondían ellos. «Ni siquiera las armas os van á dejar en la próxima capitulación.» Terrible profecía que se cumplió á la letra.

El único jefe que encontró decidido fué Clinchat, el cual contaba con dos regimientos que le querían mucho por haberlos mandado en la campaña de Méjico. Más, á pesar de esto, Clinchat aseguraba que podía llevarlos á combatir como un solo hombre con los prusianos; y no podía llevarlos á levantarse contra el general en jefe. El partido que tomaron en vista de tantas dificultades fué mandar un emisario á Gambetta que trajese la sustitución inmediata del general Bazaine por el general Changarnier. Rossel fué á ver á este antes de enviar el emisario, y encontró un hombre distinguido, inteligente, de confianza ciega en la lealtad de los jefes, creyendo que escuchaban sus consejos porque los oían, y resuelto á no tomar, y menos por la fuerza, el destino de general en ejército donde servía como voluntario.

B.

Viendo que no había más medio para destruir á Bazaine que traer nombramiento oficial á Changarnier, resolvió Rossel pasar las líneas prusianas y burlar la diligencia de sus centinelas en persona. Era la noche del 6 de Octubre. Había llovido á torrentes. Las cercanías de Metz estaban inundadas. Rossel se viste rudo traje de paisano, se encamina al campo, recorre sin obstáculo grandes distancias merced á la espesa oscuridad, cuando un rayo de luna atraviesa las nubes, cae sobre su figura, y la revela á dos centinelas que estaban en el momento del relevo, y que lo prenden y lo llevan de reten en reten, donde recibe algunos mendrugos de pan negro y algunos sorbos de aguardiente endiablado, hasta que le obligan á volver á la ciudad sitiada, amenazándole con fusilarle si trataba de romper el sitio.

Su desesperación crecía viendo á los generales de Metz más empeñados en derribar la República que en combatir á Prusia. Sus esfuerzos crecían en perseverancia á medida que crecían las dificultades. Sólo un compañero, un confidente encontró, Boyenval; y Boyenval fué perseguido, preso, encerrado en dura fortaleza. Y el mismo día y casi al mismo instante que Boyenval fué preso, Rossel fué llamado á la presencia del generalísimo Bazaine. Llevaba el oficial de ingenieros su képis de cuartel, su blusa de trabajo, sus botas altas, y una especie de tapabocas al cuello.

—¿Qué traje es ese? le preguntó el general con ira.

—Ignoraba que debiera tener el honor de presentarme ante V. E., le contestó el interpelado con modestia.

—Tengo la convicción de que abrigáis proyectos contrarios á la disciplina.

—Lo niego rotundamente.

—¿Qué vais á hacer por el campo y por los campamentos?

Ruego á V. E. que precise esa pregunta, le respondió Rossel.

—No tengo necesidad de precisar cosa alguna. ¿Qué vais á hacer por el campo y por los campamentos?

—A pasearme. Es en mí una antigua costumbre.

—¿Y de qué habláis en vuestros paseos?

—Hablo de todo, y especialmente de la situación presente, de lo que sucede á nuestra vista.

—Repetidme y precisadme lo que habláis.

—Suceden tantas cosas, y de consiguiente se habla tan largo y tan difuso, que de repetirlo todo, estaríamos hasta mañana.

—Pues hasta mañana estaremos.

—Corriente.

—Repetidme sobre todo lo que decís de la situación actual.

—Me ocupo de la situación actual como me ocupaba de las situaciones anteriores, porque está más cerca de nosotros, y nos toca ahora en lo vivo. Pero yo estudio con igual interés todas las situaciones. Leed mis notas y vereis que los estudios militares son ya en mí antiguos.

—¿Y habeis hablado de la situación actual con varios generales?

—Ciertamente.

—¿Y no los conocíais?

—He hablado con generales conocidos y con generales desconocidos.

—¿Ibais á buscarlos expresamente?

—Expresamente ¿para qué? mi general.

—Expresamente para informaros de las intenciones de esos generales y de sus proyectos en la probabilidad de que ciertas circunstancias llegaran á presentarse. Para hablar con más claridad, en el caso de una capitulación, en la cual nadie, gracias á Dios, ha pensado.

—En la altísima situación en que V. E. está, es natural reciba noticias más ó menos próximas á la verdad; pero también es natural que las examine antes de creerlas.

—Pues bien, he recibido noticias que os acusan.

—Y no os habeis parado, señor, en su inverosimilitud. Un jóven y simple oficial no puede aconsejar á veteranos y probados generales. Para conocer mi conducta, examine V. E. mis trabajos.

—¿Pero qué encargo ó papel desempeñáis en ese movimiento continuo por los campos y los campamentos?

—Ninguno. Un subalterno jamás podrá mucho con los jefes. Pero de todos modos, abrid un expediente, enviad un verdadero informe, y si esto no basta, acusadme. Acusaciones de esa trascendencia, deben examinarse con la calma propia y el detenimiento de los verdaderos jueces.

—Dejemos esto. En el fondo no hay acusación formal.

—Pues si V. E. desea saber algo, pregunteme y yo le contestaré.

—¿Habeis visitado al general Changarnier?

—He tenido la honra de verlo una vez.

—¿Y qué le habeis dicho?

—Nada que merezca ser referido. Me llevó á visitarle la curiosidad natural en los jóvenes de conocer á los hombres célebres.

—Apenas conozco al general, pues sólo una vez se me ha presentado. Vuelvo á preguntaros cuál era el objeto de vuestra visita.

—Presentarle una Memoria militar sobre el estado de nuestro ejército, que por cierto ha cambiado mucho, y ponerla bajo su patronato. No diré que pudiera presentar esa Memoria á V. E.; pero sí diré que no contiene cosa alguna que pueda acusarme.

—Estoy bien lejos de acriminaros por eso. Pero concluyamos. Última pregunta á la cual espero una categórica respuesta.

—Hable V. E.

—¿Habeis visto á varios generales para moverles á proceder de una manera determinada en ciertas circunstancias.

—No señor.

—Basta. Quedo satisfecho. Adios.

—Adios mi general.

Rossel salió haciendo esta reflexion:

«Es corriente hablar de esa suerte á un hombre á quien se quiere intimidar, y el general no se ha propuesto intimidarme; ó á quien se quiere seducir, y el general no se ha propuesto seducirme; ó á quien se quiere matar, y el general me deja ir completamente libre.»

Las negociaciones para la capitulación avanzaban, y un día llegaron á dar su amarguísimo fruto, la entrega de Metz. Rossel recorrió las filas del ejército, habló con los oficiales, movió á muchos á que no reconocieran tanta infamia ni pasaran por tanta deshonra; y no pudiendo lograr nada, se disfrazó de campesino y se dió á correr por los alrededores de la ciudad rendida hasta lograr evadirse de aquellos infamantes deberes impuestos por la negra traición, y entrar de nuevo en territorio ocupado por los franceses, á fin de proseguir en el servicio de su patria y en los trabajos de la guerra.

Nos hemos detenido tanto á explicar estos precedentes, porque contienen la causa primordial de las resoluciones supremas tomadas más tarde por Rossel uniéndose á la Comunidad revolucionaria, á causa de haber creído que la Comunidad revolucionaria continuaría á todo trance la guerra con Prusia. Fuese, pues, de Metz á Tours, y creía soñar al ver las líneas férreas desaprovechadas para la estrategia, los coches abandonados en las estaciones, el desorden y la confusión por todas partes, y en la residencia del gobierno muchos uniformes y poca resolución. Ya en Tours, un amigo le presentó á Gambetta, y Gambetta á Freycinet, que desempeñaba verdaderamente el cargo de ministro de la Guerra. Gambetta lo había recibido como un personaje; Freycinet lo recibió como un pretendiente. Y por todo empleo le dió en aquel momento de suprema angustia, extraña comisión militar, sin concretas instrucciones y sin crédito, para ir á averiguar el paradero de los ejércitos del Norte, y especialmente de

los cuerpos mandados por Bourbaki, cuerpos que desaparecían para el gobierno, ignorante de su posición y de sus marchas. Pero el trabajo de tal comisión, se perdió; porque á pesar de haberla desempeñado Rossel con todo esmero, ni sus cartas fueron leídas ni escuchados sus consejos.

Volvióse á Tours y maldijo á todas horas del ministro de la Guerra. Pero el secretario de Gambetta, conocido por el mote de Pipe-en-bois, le volvió á llevar delante del dictador. Según Rossel, Gambetta era entonces, más bien una enseña, una bandera, que un repúblico; más bien una palabra de orden que una energía salvadora; y su mérito mayor estaba en llamar sobre sí, como único blanco, todos los odios reaccionarios, los cuales se concentraban sobre su cabeza, porque aun creía posible resistir á la fatalidad y á la derrota. En aquella tremenda crisis, en que el agua de la tormenta entraba por todas partes, y Francia se perdía, se anegaba sin remedio, Gambetta le oyó hablar de organización militar, aceptó alguna de sus ideas, le citó para el día siguiente, y luego no volvió á recibirle imposibilitado sin duda por los remolinos de tan varios como dolorosos desastres.

Abandonado de esta suerte, se fué al campamento de Nevers, para consagrar á la patria sus trabajos en el ramo de su competencia, en el ramo de ingenieros. Allí criticaba la organización de los ejércitos y las operaciones en acerbos juicios y con durísimos calificativos. En vez de sumar gentes, se restaba, y se restaba á los más capaces por exclusiones increíbles. La idea de exceptuar á los casados, parecía una idea funesta. Los vestuarios se llevaban con lentitud desesperante. Los arcos de artillería se concluirían cuando se hubiera concluido la guerra. De las últimas operaciones aun decía cosas mucho más graves. La recaída de Orleans en poder de los prusianos, era debida á una falta clasificada en todos los tratados de arte